

# Crónica Cervantina

Revista literaria y bibliográfica • Órgano de los Admiradores de Cervantes

Redacción: Rbla. Prat, 8, pral.

Teléfono 78.867

Administración: Balmes, 54

DIRECTOR:

D. JUAN SUNÉ BENAGES

Suscripción trimestral:

España: 3 ptas. Extranjero: 3,75

Número suelto: 1 peseta

## Nuestro grabado

**R** EPRODUCCIÓN en facsímile de la portada de la primera edición de la *Segunda parte*.

En 4.º, 8 hojas preliminares, 280 folios; 3 hojas de tabla y una final que dice: EN MADRID, // por luan de la Cuesta. // Año M.DC.XV.

Hoja 1.ª.—Portada.

Hoja 2.ª // recto.—«Tassa. // Yo Hernando de Vallejo Escriuano de Camara del // Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, // doy fé, que auiedo visto por los señores del vn libro que // compuso Miguel de Ceruantes Saauedra, intitulado don // Quixote de la Mancha segunda parte, con licencia de // su Magestad fué impreso, le tassaron a quatro marauedis // que al dicho respeto suma y monta docientos y nouenta // y dos marauedis, y mandaron que esta tassa se ponga al // principio de cada volumen del dicho libro, para que se se // pa, y entienda, lo que por el se ha de pedir, y llevar, sin que // se exceda en ello en manera alguna, como consta y pare- // ce por el auto y decreto original sobre dado, y que // queda en mi poder, a que me refiero, y de mandamiento // de los dichos señores del Consejo, y de pedimiento de la // parte del dicho Miguel de Ceruantes, di esta fee en Ma- // drid, a veynte y vno dias del mes de Otubre, del mil y seis // cientos y quinze años. // Hernando de Vallejo. // (Un filete) // FEE DE ERRATAS. // Vi este libro intitulado *Segunda parte de don Quixote de la Mancha*, compuesto // por Miguel de Ceruantes Saauedra, y no // ay en el cosa digna de notar, que no corres- // ponda a su original. Dada en Madrid a // veynte y vno de Otubre mil y seiscientos // y quinze. // El Licenciado Francisco // Murcia de la Llana.»

Hoja 2.ª // 2, verso.—Aprouacion. // Por comision y mandado de los // Señores del Consejo, he hecho // ver el libro contenido en este memo // rial, no contiene cosa contra la Fé ni // buenas costumbres, antes es libro de // mucho entretenimiento licito, mez // clado de mucha Filosofia moral, pue // de se le dar licencia para imprimirle. // En Madrid, a cinco de Nouiembre, // de mil seyscientos y quinze. // Doctor Gutierre // de Cetina. // (Un filete) // Aprouacion. // Por comision y mandado de los señores // del Consejo he visto la segunda parte de // don Quixote de la mancha, por Mi // guel de Ceruantes Saauedra, no contiene co // sa contra nuestra santa Fé Catolica, ni bue- //

Hoja 3.ª // 3, recto.—«nas costumbres: antes muchas de honesta re // creacion, y apazible diuertimiento, que los antiguos juzgaron conuenientes a sus Repu // blicas, pues ou la seuera de los Lacedemonios // leuantaron estatua a la risa, y los Tesalia // la dedicaron fiestas, como lo dize Pausanias // referido de Bosio, lib. 2 de signis Ecles cap. 10. // alentando animos marchitos, y espíritus me- // lancolicos, de que se acordó Tulio en el prime // ro de legibus, y el Poeta, diciendo: interpone // tuis interdum guadia curis, lo qual hace // el autor mezclando las veras a las burlas, lo // dulce a lo prouechoso, y lo moral a lo faceto, // dissimulando en el cebo del donayre, el // anquelo de la reprehension, y cumpliendo con // el acertado assunto, en que pretende la expul- // sion de los libros de Cauallerias, pues con su // buena diligencia mañosamente, alimpiado // de su contagiosa dolencia a estos reynos, es // obra muy digna de su grande ingenio, honra //



y lustre de nuestra nación, admiración, y in // vidia de las estrañas. Este es mi parecer saluo, etcétera. En Madrid, a 17 de Março de 1615. // El M. Ioseph de Valdiuieso.

Hoja 3.<sup>a</sup> // verso a 4.<sup>a</sup> // recto.—«Aprouacion. // Por comission del señor Doctor Gutierre de Cetina // Vicario General desta villa de Madrid Corte de su Ma // gestad, etc. // En Madrid, a veynte y siete de Febrero de mil y seyscientos y quinze. // El Licenciado Marquez Torres.»

Hoja 5.<sup>a</sup> // 5.—«Privilegio» por diez años concedido a Cervantes para imprimir el libro; firmalo, «Por mandado del Rey nuestro señor, Pedro de Contreras».

Hojas 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>—«Prologo al Lector».

Hoja 8.<sup>a</sup>—«Dedicatoria al Conde de Lemos»... // «De Madrid vltimo de octubre, de // mil seyscientos y quinze».

A estos preliminares sigue el texto, numerado de 280 folios, sign. A-Z-Aa-Mm; tres hojas de tabla sin numerar y una con el colofón.

Tal es la característica de la primera edición de la *Segunda parte del Ingenioso Caballero don Quijote de la Mancha*, cuya aprobación para imprimir la fué dada en Madrid por el Licenciado Márquez Torres a 27 de febrero, la de M. Ioseph de Valdivieso a 17 de marzo, y el privilegio por diez años el 30 del mismo mes del año 1615. Mas como el libro no se concluyó hasta fines de octubre (así se deduce por la fecha de la dedicatoria firmada en 31 del citado mes por el mismo Cervantes), y el Doctor Gutierre de Cetina dió, el 5 de noviembre, nueva aprobación sobre el ejemplar impreso, se infiere que la obra salió a luz al finalizar el año de 1615.

He aquí lo que dice don Leopoldo Rius respecto de esta edición: «Estando ya hecha la tirada de esta edición príncipe, mandó la Inquisición expurgar las palabras que dice la Duquesa en el capítulo XXXVI: «Y advierta Sancho, que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito, ni valen nada». Mas, se escaparon del expurgo algunos ejemplares que habían ya salido de la nación; de manera que las ediciones de Bruselas (1616), de Lisboa (1617), de Londres (1738), de Londres (1781, Bowle) y muchas otras impresas en el extranjero, conservan aquellas palabras, siendo así que aparecen sin ellas todas las ediciones hechas en España durante los siglos XVII y XVIII, empezando ya el expurgo en la edición de Valencia (1616), impresa pocos meses después de la príncipe, y apareciendo también expurgada la de Barcelona del año 1617».

Ante afirmación tan rotunda debemos decir que

no fué el Santo Oficio quien mandó el tal expurgo, ya que en todos los ejemplares de la edición de 1615 se lee el mentado pasaje, como se lee también en las mencionadas ediciones extranjeras que él cita que la tomaron por modelo. La Inquisición encargada de suprimir el pasaje que menciona Rius, no fué otra que la escrupulosidad de Pedro Patricio Mey, probada en documentos religiosos, que aun se conservan, de expurgar tales palabras, que él creyó pecaminosas, de la edición que imprimió en Valencia en 1616. Así no es extraño que tampoco se estampasen en la impresa en Barcelona en 1617 y en otras que la siguen.

Es ésta la única edición de la *Segunda parte* impresa en vida de Cervantes, y como las tres de la primera parte del mismo impresor, no la corrigió su autor, por cuyo motivo salen con frecuencia erratas de imprenta, de las cuales bastará señalar aquí unas cuantas para demostrar a los lectores los descuidos sufridos por Juan de la Cuesta.

En la dedicatoria: «Preguntele al portador».

Prólogo (folios sin numerar).

- Fol. 1. «Pues en verdad que no te he dar este contento».
- » 1 v. «Sabiendo que no se ha añadir aflicion al afligido».
- » 2 v. «Mas libros que tienes letras las coplas de Mingo Rebulgo».
- » 2 v. «Porque ninguno se atreva a levantarle falsos testimonios, pues *hastan* los pasados».

En los capítulos:

- Fol. 3. «Al cabo de algunos años de recogimiento».
- » 5 v. «que aya auido tales *Caualleos* en el mundo».
- » 8. «Pero dexemos esto a parte *poragora*».
- » 11 v. «Aun ay sol en los vardas».
- » 14. «En otros cien escudos no auia para para pagarme la mitad».
- » 14 v. «Si promete, *repondio* Sanson».
- » 15 v. «no echara mi señor el Reyno, que me diera *in* saco roto».
- » 16. «Porque no estorbasen su honrada, y *valerola* determinacion».
- » 16. «Llegando a *eseruir* el traductor desta historia».
- » 18 v. «Los *Almohadas* de Marruecos».
- » 19. «con ricos vestidos compuesta, y con ponga de criados».
- » 19 v. «*apartale* de tan mal pensamiento».

- » 20. «Pues no sería *vuestra* merced».
- » 21. «Aquellos se *lleuantan* o con la ambición o con la virtud».
- » 23 v. «soy *ta* focol... «en *esta* mundo».
- » 23 v. «por *oryme* dezir otras docientas patochadas».
- » 25. *espetialmente* mi pueblo».
- » 25 v. «Las *maldiciones* que las dos, ama y sobrina echaron al Bachiller».
- » 29. «y *digama* agora».
- » 30. «otro día *la* anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso».
- » 31. «Venía el labrador *cantantando*».
- » 33 v. «Con esto que penso *Sancho Pança* quedo sossegado su espíritu».
- » 34. «Todas *mayorcas* de perlas».
- » 35. «sea servida de recibir en su gracia y buen *talente*».
- » 35 v. «y *quiriendo* don Quixote leuantar a su encantada señora».
- » 38 v. «consideró el peligro *en yua* su amo de ser derribado».
- » 40 v. «De la estraña auentura que le sucedio al *valero* don Quixote».
- » 42 v. «Y a las leyes de amor el alma *ajust*».
- » 44 v. «que aunque *patezco* hambre, soy un bestia para ser de la Iglesia».
- » 44 v. «y retirarme a mi aldea, y criar mis *hijos*».
- » 48. «y rige el *fredo* de vn famoso cauallo llamado rozinante».
- » 50. «Cuentase en efecto, que era de *demasiada* grandeza».
- » 50 v. «respondió *do* Quixote».
- » 54. «y lo historia buelue a hablar del a su tiempo».
- » 54 v. «Para *pruena* de lo qual ya sabes, o Sancho».
- » 55. *en aqualquiera* figura que aya sido, he quedado vencedor».
- » 57. «aprendiendo las *Igeuas* latina y griega».
- » 61 v. «Aora señor, *replció* don Quixote».
- » 63. «Detuvieronse todos, y *concieron*, que el que hacia las señas».
- » 63 v. «que le ablandaban los cascos los *encatadores*».
- » 68 v. «se den muchas horas a ocio, y al regalo».
- » 70 v. «que no *tenía* tantos bienes de fortuna».
- » 72. «Y si *greys* que os lo muestre con la experiencia».
- » 78 v. «las *sacana* fritas».
- » 80. «Acabó la copla, disparó *vn* flecha por lo alto del castillo».
- » 80 v. «las demostraciones que *hazjan* eran al son de los tamborinos».
- » 82 v. «que puede pasar por los bancos e Flandes».
- » 85 v. «que *to lo* esto dezia con intencion de que se dejase el señor Basilio».
- » 87 v. «Quién fue el primer bolteador del *mundo?*»
- » 90. «sin llevar cierto ni determinado *camino*».
- » 91. «en la provincia de la Mancha las *llamas* las lagunas de Ruydera».
- » 92 v. «Buen hombre *detenos*».
- » 102. «y endereza *turtos*».
- » 102. «y en mi so o ha venido a faltar su intencion».
- » 104. «*Acaba* la muestra proponia las habilidades de su mano».
- » 105. «antes de entrar en la *ciudad* de Zaragoza».
- » 105 v. «en que caian todos aquellos que la vez primera le *mirarauan*».
- » 107 v. «se volvieron a su pueblo *regozidados* y alegres».
- » 108 v. «me duele todo *todo* aquello que alcanzó el palo».
- » 112 v. «estás mas limpio que vn *plego* de papel».
- » 113. «pidiendo *denotamente* al cielo le librase».
- » 114 v. «yo no sé que ayas lleuado otra *aloine*nos en mi poder».
- » 117 v. «Hijo de puta, dixo la dueña, toda ya *encencida* en colera».
- » 118 v. «todas con adereço de darle *aguna* manos».
- » 119. «contaré *vn* cuento que pasó en mi pueblo, acerca desto de lo asientos».
- » 119 v. «Conbido a vn Hidalgo *d* pueblo muy rico y muy principal».
- » 119 v. «Tomasillo *et* trabieso».
- » 122. «Hincate de *rodillas* Sancho».
- » 123. «la *comiada* se acabó».
- » 123 v. «en las Cortes de los orros principes».



- » 125 v. «quando de parte de v m. le lleuó vno epistola».
- » 125 v. «A lo que supendió (por respondió) don Quixote :»
- » 126. «pues de *alquel* me libré».
- » 126 v. «le toque está en que tenga buena intencion».
- » 128. «como *cuetan* que tratauan los antiguos Caualleros».
- » 128 v. «nacidas de la historia que del gran don Quixote *an la ya* impresa».
- » 128 v. «A estas razones sin responder con alguna se *leuanó* Sancho».
- » 128 v. «puesto *qua* algunas vezes dize cosas».
- » 130. «me comiese las manos *tres* el oficio».
- » 130. «pura y *sezillamente* sin enredos ni maquinass».
- » 134. «los oydos de los *cirunstantes*».
- » 137 v. «como desencantar a la señora *Dualcinean*».
- » 142. «despues de *alçado* los manteles».
- » 143. «favorecer a toda suerte mugeres».
- » 146. «se pueden prometer alguna *esperança*».
- » 152. «mucho os vais *ttas la opinton* del Boticario».
- » 152 v. «para ser escudo y *aparo* del vituperoso y abatido género dueñesco».
- » 153 v. «ni *aura insu a*, ni insulos en el mundo que me *conozan*».
- » 154. «en vn *daca* la pajas».
- » 155 v. «Oyó Sancho las *vozezes*».
- » 156. «se contentó destas *anchas* (por *ancas*)».
- » 161 v. «pero no de manera que parezca que te *escuhas* a ti mismo».
- » 162. «ni *tanpopo* vayas tan floxo».
- » 162 v. «que fue hijo de padres *demasido* de humildes».
- » 164. «con solas las palabras que bastan a *declarlos*».
- » 164 v. «con el *nayre* que queda referido».
- » 168 v. «no ha de haber donzella que me mire, que de *de* no se *enemore*».
- » 169 v. «y dize el *epitafico*».
- » 169 v. «me *prguntó* : Señor auria en esto paño harto para hazerme una caperuza?»
- » 173. «*conterto* con el Duque».
- » 173. «encargandole le *truesse* buena relacion de todo».
- » 173 v. «donde venian mas de cien cerros *asidos*».
- » 176 v. «que *ouesse* merced no coma de todo lo que está en esta mesa».
- » 177. «soy casado en paz y en haz de la san Yglesia».
- » 178 v. «que Cide Hamete promete contar con la *puntualid*».
- » 179. «para sobresaltar su *honestiad*».
- » 179 v. «y amigo de hazer bien a *toda* el mundo».
- » 185. «por lo *menes* de barato».
- » 185. «Mas *fuellero* que Andradilla».
- » 186 v. «*hormosa* como mil perlas».
- » 187. «mandolo *assi ei Gouerador*».
- » 187. «no ha auido nadie en todo *esto* lugar».
- » 187 v. «llego otra vez su lanterna para verla de *de* nuevo».
- » 188. «auergonçada ante *tantie* gente».
- » 189. «los atomos desta *vardadera* historia».
- » 196 v. «ni aun para cortarme las *vnas*».
- » 203. «me lo impiden estas tablas que tan *considas* tengo en mis carnes».
- » 204 v. «*ma* leuantaron en el ayre».
- » 205. «Todos vinieron ello».
- » 206 v. «estauan mas *enuxtas* y secas que vn esparto».
- » 211. «En fin le *detuno*, y no cayó».
- » 214. «y el niño *cegeçuelo*, a quie suelen llamar de ordinario amor».
- » 224 v. «Detuuole el *cansacio* a don Quixote».
- » 228 v. «y pongan en el numero de sus mayores amigos y *seuidores*».
- » 229. «ya le parecia hallarse en la cueua de *Mantesinos*».
- » 229 v. «y echadole vna *candilla*».
- » 231 v. «que como yuan de espacio, con facilidad lo *hizierron*».
- » 232. «y para *assegorarte* desta verdad, aprieta la mano».
- » 235. «Destos escudos dos tocan a *caca* vno».
- » 236 v. «y mas si la *queris* ocupar en vuestro servicio».
- » 237. «como yo otras vezes le hemos descrito y pintado».
- » 242. «es como si en Castellano dixesemos los *jugetes*».
- » 244. «no queria *haze* semejantes exercicios».
- » 245. «es como dezir dos Turcos borrachos, que en el *vargantin* venian».
- » 247 v. «sin tener *notica* destas quatro galeras».

- » 248 v. «fiarse del *ren gado*».
- » 251. «y assi aura *tras* meses que le sali al camino».
- » 251 v. «Esto es señor *lo passa*».
- » 253 v. «teniendo intencion de ver a su *padres*».
- » 254. «Muy *Eilofoso* estás, Sancho».
- » 256. «sois vos el que los *enantadores*, mis enemigos, transformaron en esse *la-cayo* que dezis».
- » 257. «no ha visto algun desencantado *pos açotes*».

- » 257 v. «Apolo versos, el el amor *conceptos*».
- » 260 v. «al son de sus *mesmos supiros*».
- » 261. «vieron que hazia ellos venian hasta diez *hombre de acavallo*».
- » 261 v. «con *las hierros* de las lanças».

Basten las erratas que van anotadas para demostrar que, ni esta edición, ni ninguna de las tres que de la primera parte imprimió el mismo Juan de la Cuesta, corrigió Cervantes.

## Cervantes y la propiedad industrial

Y A en uno de mis artículos anteriores hube de referirme aunque incidentalmente sobre la conveniencia o inconveniencia de llevar al teatro obras escénicas referentes a temas cervantinos. Ahora creo conveniente presentar otro aspecto algo más delicado tal vez, pero de parecido fundamento, y es el siguiente:

La afición que en el transcurso de los años han ido despertando todas las novelas, objetos, etcétera relativos a temas cervantinos ha logrado deslacarse en un nuevo aspecto, posiblemente de muchos ignorado bajo el cual la cuestión del Derecho juega un importante papel.

Los temas cervantinos que fueron conocidos y queridos en innumerables países gracias a la constante labor de los editores y de la prensa en general, han tenido un refuerzo insospechado en la época moderna, ya que han influido en su divulgación hasta materias que jamás tuvieron relación alguna con tal materia. Pero aun hay más: dichas materias han querido sus productores someterlas a la ley, para que ésta las ampare en sus derechos, no desprovistos de una cierta originalidad.

Por no remontarnos a fechas muy remotas, veamos algunas de las «Marcas registradas» y «Modelos industriales» que próximamente de dos años a esta parte han sido solicitados por empresas o particulares y que guardan relación con el asunto que nos ocupa. Dichas marcas o modelos han aparecido en las fechas que a continuación se detallan, siendo insertadas según derecho y obligación que les atañe en diversos ejemplares del «Boletín Oficial de la Propiedad Industrial», cuya publicación tiene lugar en la capital de España quincenalmen-

te, y bajo el cual se regula la Propiedad Industrial española.

### DESCRIPCION

Uno de los objetos de que más han sido solicitado registro de varios de sus posibles modelos es uno de ornamentación muy conocido: las bandejas.

Veamos a partir de 1.º de julio de 1929 las más curiosas registradas bajo la forma de modelos industriales.

### MODELOS REGISTRADOS

Número 6.830. Insertado en 1.º de julio de 1929 en el ejemplar núm. 1.028 del Boletín. Solicitado por Francisco y Cía., de Bilbao. Objeto: cuadros y bandejas en galvanoplastia. Escena: la del encantamiento. Tamaño y materia diversos.

Número 6.831. Igual fecha, solicitud y objeto. Escena: presentación de don Quijote y Sancho a los Duques.

Número 6.832. Todo idéntico, salvo la escena que representa a don Quijote de hinojos junto a Sancho, y tres mujeres a caballo.

Número 6.833. Todo idéntico. Escena: don Quijote a caballo y Sancho con el rucio de la mano ante un hombre, cinco tinajas y algunos perros.

Número 6.834. Idéntico. Escena: don Quijote en tierra con Rocinante, Sancho aguantándole la cabeza. Al fondo, penitentes encapuchados y con cirios en la mano. Hay además otras figuras más próximas.

Número 6.835. Idéntico. Escena: un hombre atado con mantas y rodeado de otros muchos.



Número 6.886. Insertado en 1.º agosto de 1929. Ejemplar núm. 1.030. Solicitado por Arnillas y Matallanas, S. R. C., de Madrid. Galvanoplastia en metales de todas clases, aleaciones, escayola o cartón. Escena: aventura de don Quijote y Sancho con los vaqueros, en el momento de ser derribados aquéllos por los toros.

Número 7.095. Insertado en 16 octubre de 1929. Ejemplar núm. 1.035. Solicitado por Metalaria General y Artística, de Bilbao. Objeto: galvanoplastia. Escena: Cervantes escribiendo una dedicatoria al Conde de Lemos. Aparecen un estante con libros y varias personas.

Número 7.358 (c) Insertado en 1.º marzo 1930. Ejemplar núm. 1.044. Objeto: galvanoplastia. Escena: un medallón central con el retrato de Cervantes y dos laterales con los de don Quijote y Sancho Panza, y en el espacio vacío, cuatro escenas del Quijote.

d) Escena: últimos días de Cervantes.

e) Escena: don Quijote embistiendo el molino.

f) Escena: don Quijote sentado tras una mesa y el cabo echándole el vino en la boca, rodeados de varias personas.

g) Escena: don Quijote sentado tras una mesa, dos mujeres a su izquierda y dos hombres a su derecha, y delante de todos ellos un hombre apoyado en un poste.

h) Escena: don Quijote con los brazos en alto rodeado del cura, una mujer y un hombre. A su izquierda una mujer inclinada sobre una silla caída.

Número 7.811. Insertado en 1.º diciembre de 1930. Ejemplar núm. 1.062. Solicitado por Metalaria General y Artística, de Bilbao. Escena: las bodas de Camacho.

Número 7.812. Idéntico. Otra escena de las bodas de Camacho.

Número 7.914. Insertado en 1.º marzo de 1931. Ejemplar núm. 1.068. Solicitado por Metalaria General y Artística, de Bilbao. Escena: entrada de don Quijote en Barcelona, ante la comisión que lo recibe.

Número 7.916. Idéntico. Escena de don Quijote en su visita a Barcelona.

Número 7.937. Insertado en 16 marzo de 1931. Ejemplar núm. 1.069. Don Quijote en uno de sus episodios de la venta.

Dibujo industrial. Núm. 6.744. Insertado en 1.º junio 1929. Ejemplar núm. 1.026. Solicitado por Viuda e Hijos de Heraclio Fournier, de Vitoria (Alava). Dibujo industrial para un reverso de los naipes de su fabricación. Descripción: tablilla de estilo clásico que forma un cuadro limitado lateralmente por dos columnas, cerrado por arriba y

por abajo artísticamente y que contiene el busto de Cervantes.

Nombre comercial. Núm. 1.557. Insertado en 1.º febrero de 1930. Solicitud por doña Victoria Marcano Mediavilla, Vda. de E. Gómez, para que se le otorgue a la librería de su propiedad el nombre comercial de «Librería Cervantes», instalada en Cádiz, calle de Columela, 29 y 31.

Marca registrada. Núm. 79.005. Solicitada por Arturo Pons Ibáñez, residente en Játiva (Valencia), Reina, 1. Para distinguir anisados. Representa a don Quijote atacando al molino, y Sancho rodilla en tierra con una botella de anís en la mano ofreciéndosela.

Marca núm. 81.600. 1.º agosto 1930. Número 1.054 del Boletín. La solicita Gumersindo de Artiach y Echevarría, de Bilbao, para distinguir galletas, bizcochos, etc, con el nombre de Dulcinea.

Marca 84.322. 1.º marzo 1931. Boletín número 1.068. Vicente Verdugo García, de Quintanar de la Orden (Toledo), la solicita para distinguir azafraes, quesos, anís, etc., con la marca «Dulcinea del Toboso». En el dibujo aparecen Dulcinea y Sancho.

Marca 85.272. 16 marzo 1931. Boletín número 1.073. Ricardo Sánchez Cuenca, de Calatayud (Zaragoza). Para distinguir conservas vegetales de almíbar. Representa a don Quijote lanza en mano, sobre Rocinante.

Marca 85.586. 16 junio 1931. Boletín 1.075. Juan B. Francés Castelló, de Mislata (Valencia). Para distinguir un juego de «la Oca», cuyas casillas son personajes célebres y corresponde a Cervantes la número 51, precisamente el número anterior a la que representa la prisión.

Marca 86.034. 16 julio 1931. Boletín núm. 1.077. José Latorre Serra, de Villarreal (Castellón), para distinguir naranjas, mandarinas y frutas frescas. Representa la figura de Cervantes con alguna inscripción.

Nombre comercial. Núm. 12.882. 1.º julio 1931. Boletín núm. 1.076. Cervantes, S. A., Madrid, Serrano, 3. Compañía de seguros de todos los ramos.

Aparece, pues, ante nosotros la duda frecuente que tristemente jamás nos desampara. ¿Es o no es conveniente la divulgación antes descrita de aquellos objetos que regulados por un perfecto derecho se amparan en temas cervantinos?

Tal vez su propia heterogeneidad influya en que bajo el aspecto literario sea escasa su importancia. Pero artísticamente muchos de ellos son no sólo aceptables, sino también convenientes. Bajo el punto de vista de la divulgación son a mi modo de ver admirables.

Bien es cierto que hoy por hoy, donde hay un hombre en el lugar más recóndito de España, podemos afirmar, casi sin duda, que no lejos de él hay un Quijote. Pero acaso fuera de España, donde nada liga a nadie con lo que es de nosotros patrimonio, puedan ejercer los diversos objetos que nos ocupan una tendencia de aproximación o admiración hacia nosotros muy digna de ser considerada. Nuestros industriales no venden enteramente sus productos entre nosotros ya que algunos de ellos, los más avanzados acaso, reservan parte de sus productos para tierras remotas donde la curiosidad de las marcas o registros puedan despertar un interés especial sobre el punto de origen que representa, sobre su nombre, título, escena o materia

que representa, contribuyendo grandemente en tal caso a enaltecer el buen nombre de Cervantes, orgullo de los que con él compartimos nuestra patria y nuestro idioma.

España fué muy grande en otros tiempos. Grandeza ésta, que temporal o definitivamente supo arrebatarse el tiempo a nuestros antepasados. Su idioma es algo enteramente nuestro que no debemos perder como perdimos nuestra grandeza.

Por eso solo aunque fuese, creo digno de recoger en este pequeño trabajo todo aquello que directamente pueda contribuir a ello.

JUAN SEDO PERIS-MENCHETA

Barcelona, octubre de 1931.



Compra - venda de llibres antics i moderns

**LLIBRERIA BALAGUÉ**

Palla, 13 i 15

BARCELONA



# Armas y Letras

**E**L día 7 de octubre es una fecha tan memorable, que debiera entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, no sólo para que de ella tengan memoria los españoles de los venideros siglos, sino toda la humanidad. Así debe opinar también nuestro ministro de la guerra, por cuanto ha dispuesto que todas las armas que componen nuestro ejército celebren su fiesta en este histórico día en que se cumplen dos aniversarios: el natalicio de Miguel de Cervantes Saavedra y el del glorioso combate naval de Lepanto, en el cual el orgullo y poder otomano quedó abatido para siempre.

Prolijo resultaría narrar aquí uno por uno todos los episodios de tan memorable jornada, pero esto no es óbice para explicar en líneas generales, los hechos que la motivaron, y la parte que tuvo en ella el más grandioso de los ingenios españoles.

El origen de la célebre batalla de Lepanto fué la desmedida ambición de Selim II, quien en carta que mandó en febrero de 1570 por un emisario al Senado de Venecia, le pedía la cesión de la isla de Chipre, que estaba entonces en poder de los venecianos. En dicha carta se intitulaba Selim señor de aquella isla, como sucesor en los derechos del soldán de Egipto; pretextando, además, de que los venecianos violaban las fronteras de su imperio por la parte de Dalmacia sin respeto alguno a los tratados existentes; y que no contentos con amparar en Chipre a los piratas de poniente, que recorrían los mares de Siria, permitían se molestase a los vasallos de la Puerta dedicados al comercio, y a los peregrinos que se encaminaban en devota romería a la Meca. Ofrecía su amistad, si le entregaran la isla, y en el caso de no hacerlo así, juraba de conquistarla con las armas, y exterminarla.

No hay para qué decir que ante tan injusta como arbitraria pretensión, contestasen los venecianos al emisario de Selim, que estaban dispuestos a defender todos sus derechos; y que no podían consentir, ni por halagos, ni por amenazas, la desmembración de su territorio. Esta negativa de los venecianos fué el botafuego que encendió la cólera y ambición del Gran Turco, quien mandó a Mustafá, al frente de un ejército de más de cincuenta y seis mil hombres provistos de cincuenta falconetes y de treinta piezas de grueso calibre de arti-

llería, para apoderarse de Nicosia, capital entonces de la isla de Chipre, rindiéndola el domingo, 9 de septiembre de 1570. La rendición de esta codiciada plaza fué la causa de que al finalizar dicho año se formase la Liga entre el Papa Pío V, Venecia y España, con el fin de defenderse del enemigo común, que era el Turco, dueño entonces del mar Mediterráneo, Liga que no fué ratificada hasta el 25 de mayo de 1571.

Como dice muy bien Cervantes en el capítulo 39 de la primera parte de su famosa novela, «Súpase cierto, que venía de general desta Liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe; divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacía, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba». En efecto, Felipe II nombró generalísimo a don Juan de Austria, saliendo éste de Madrid el 6 de junio, llegando a Barcelona el 16, donde esperando la llegada de las galeras que mandaba don Sancho de Leiva, que estaban en Mallorca, y los príncipes Rodolfo y Ernesto, y en preparar todo lo concerniente para el viaje, no pudo abandonar su puerto hasta el 20 de julio. En este día embarcó para Génova en una hermosa y fuerte galera construída en los astilleros de la capital de Cataluña, llegando a la mencionada ciudad italiana el 26, abandonando sus aguas el 5 de agosto para dirigirse a Nápoles arribando a su puerto el día 9 del mismo mes, donde estuvo hasta el 21 que salió para Mesina, punto entonces de reunión de todas las fuerzas de los coligados, fondeando allí el 25. En este puerto esperaban a don Juan de Austria, Marco Antonio Colonna y Sebastián Veniero con sus galeras, a las que se unieron doce del Papa, cuarenta y ocho, seis galeazas y dos naves de Veniero, las de Saboya y Génova y las que mandaban Lomellini y Sauli. El primero de septiembre llegaron sesenta de los venecianos; el día 2, las once que mandaba don Juan Andrea Doria, y el 5, las treinta que regía don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. También se reunieron allí las de don Juan de Cardona, las de Negrón, Nicolás Doria, David Imperial, Grimaldo, y las de Estéfano de Mari.

Ancladas, pues, en aquel espacioso puerto las escuadras de la Liga, visto el crecido número de



sus combatientes y la mucha gente de cabo y remo, se resolvió hacer una demostración de todas las fuerzas reunidas. En primer lugar se veía la armada española compuesta de noventa galeras, veinticuatro naves, cincuenta fragatas y cinco bergantines, las mejores que hasta aquel tiempo se habían visto. En seguimiento suyo iban doce galeras y seis fragatas del Papa; ciento y seis galeras de los venecianos, y seis galeazas, dos naves de nueve mil salmas de porte, y veinte fragatas. Precedían a este número de bajeles, gallardamente empavesados, ocho galeras que formaban la vanguardia mandada por don Juan de Cardona, cuya misión era explorar la mar y descubrir los bajeles enemigos. Además de esta vanguardia, se acordó dividir la escuadra en cuatro: la primera, que formaba el cuerno derecho de combate, estaba compuesta de cincuenta y cuatro galeras bajo el mando de don Juan Andrea Doria. La segunda, llamada de batalla, que la regía el mismo don Juan de Austria, se componía de sesenta galeras. La tercera, o sea el cuerno izquierdo, formada de cincuenta y tres galeras, estaba confiada a don Agustín Barbarigo; y la retaguardia, o armada de socorro, la mandaba aquel rayo de la guerra, el padre de los soldados, aquel venturoso y jamás vencido capitán, como llama Cervantes, a don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz.

Formaban parte de estas escuadras, seis galeazas, que eran unos bajeles de la misma hechura de las galeras, pero mayores, estando sus popas y proas construídas en forma de castillejos, donde solían llevar cuarenta o más piezas de artillería, cuyas naves estaban a cargo de don Francisco Duodo. En esta orden salió la escuadra del puerto de Mesina el 16 de septiembre para dirigirse a Corfú, llegando allí diez días después, donde se enteró don Juan de Austria que la escuadra otomana estaba anclada en el golfo de Lepanto esperando a los cristianos. La distribución de estas fuerzas eran claros indicios que el día de la gran batalla estaba cerca, tanto, que el domingo 7 de octubre, fecha memorable para las armas y las letras, las armada de la Liga, antes de amanecer, levó anclas y abandonó las aguas de Corfú, hallándose al salir el sol a la altura de las islas Cuzolares, que son unos escollos o montes de rocas que dominan la parte norte de la entrada del golfo de Lepanto. Las naves aliadas, debido al viento contrario que reinaba, avanzaban lentamente, cuando el vigía de la galera Real, gritó que divisaba una vela, aviso que confirmó don Juan Andrea Doria desde el ala derecha dispa-

rando un cañonazo en señal de batalla, porque pronto conoció que estaba a la vista la escuadra turquesca, por cierto muy numerosa, puesto que se componía de doscientas cuarenta y cinco galeras, setenta galeotas y multitud de fustas y otras embarcaciones, formando un conjunto de más de ciento veinte mil hombres entre remeros y tropa al mando de Aalí. Iban entrambas escuadras aproximándose; la del Turco más despacio por verse obligada a servirse de la fuerza de los remos, cuando mandó su general hacer un disparo de cañón que don Juan de Austria comprendió bien ser un reto para entablar la batalla, quien para dar a entender a los turcos que la aceptaba, ordenó disparar otra pieza.

Por la disposición en que las dos armadas caminaban; el anhelo con que cada una se esforzaba en anticiparse a su enemiga; el número de velas y el de combatientes; la resolución de sus caudillos y el ardoroso afán de los capitanes y soldados, eran señales que predecían que el conflicto sería tremendo. Bramaban las olas encrespadas y revueltas, amenazando sepultar en su codicioso seno a los que iban a disputarse el señorío y dominio de aquellos mares; pero los aliados, superiores en ardor y a cuanto podía serles de estorbo o riesgo, sólo tenían sus ojos fijos y las bocas de sus cañones y arcabuces, en los bajeles contrarios.

Cerca de mediodía sería cuando la armada turca embistió a la cristiana con horrible vocería. Venía, la Real de Aalí y algunas otras galeras del centro y extremos de sus escuadras, cañoneando a las nuestras, cuando al llegar a tiro de las galeazas venecianas, recibieron una descarga de cuatro de ellas a la vez, tan certera y tan impetuosa, que como si hubiesen chocado sus proas contra un fuerte muro, volvieron atrás todas en el mismo instante.

Fuese por causa de este accidente inesperado, o bien porque se percatase Aalí que la mayor parte de las galeras aliadas eran ponentinas, como ellos llamaban a las de España, mucho más fuertes y mejor armadas que las de Venecia, su cuerno derecho se anticipó a las demás escuadras; así que, los primeros que vinieron a las manos, fueron Siroco de la otomana, y Barbarigo por la nuestra. Uluch Aalí, capitán del cuerno izquierdo, quiso envolver el flanco izquierdo de la aliada y acometerla por la popa. Así comenzó la jornada gloriosa de Lepanto que se generalizó entre ambas escuadras cuando don Juan de Austria se adelantó con su Real a recibir a la turca, y conociendo a la de Aalí por los tres fanales y el ga-



llardo estandarte que tremolaba, mandó bogar hacia ella con arrojada resolución. El Bajá, no menos animoso, salióle al encuentro, y con tal furia se embistieron, que la Real de Aalí metió el espólón hasta el cuarto banco de la cristiana. Formidable y espantoso fué el choque de ambos bajeles, pero más terrible aun el estrago que la artillería y arcabuces que hizo el nuestro al enemigo. A la segunda descarga había ya desaparecido de su popa y crujía toda la muchedumbre que las llenaba. Poco después, revueltas y ligadas entre sí las galeras de ambos bandos, con el estruendo de los cañones y arcabuzazos, los golpes de las espadas, el rechinar de las maderas y los gritos de los furiosos combatientes, parecía que el cielo se venía abajo y el mundo acababa en una completa ruina. Hervía el mar en aquel encendido remolino que encrespaban las olas y estremecían las cercanas playas; el sol se ocultó, como aquel que no quiere ser testigo de una catástrofe, a la espesa humareda del incesante fuego; las naves se hundían y las armas se hacían pedazos; sólo el odio, la ira y el rencor de los hombres estaban enteros y en su punto, esperando el poder de la misma naturaleza.

La porfía era mayor y aun más sangrienta entre las dos Reales, realzada por el empeño que tenían sus generales de destruirse, y por el número, valor y fama de los combatientes. Allí peleaban los príncipes más señalados y los más ínclitos caballeros de la cristiandad, contra los capitanes más temibles del imperio del poderoso Selim II, y los soldados de los tercios españoles contra los belicosos y fieros jenizaros.

Dos horas habían transcurrido desde que don Juan de Austria embistió impávido a la armada turquesca sin que se vislumbrase la más leve esperanza de triunfo. Sólo se veía el mar lleno de cadáveres que entorpecían la marcha de las naves, muchas de ellas sin jarcias, velas, palamenta ni defensa alguna y con los árboles acribillados de balas y saetas. Dos veces llegaron nuestros soldados hasta el árbol de la Real turca y otras tantas fueron rechazados con sangrientas pérdidas; pero a la tercera, con ímpetu sobrehumano, avanzaron intrépidamente hasta el cuartel de popa; y como furioso vendabal que todo lo arrasa y destruye, así nuestros valientes soldados destruyeron y aniquilaron la soberbia y poder de los feroces jenizaros; y el mismo Aalí, herido en la frente de un arcabuzazo, dió con su cuerpo sobre la crujía de su Real. Visto esto por los nuestros, alzóse al punto un grito de victoria, y la cabeza del famoso y temible general turco, y la huida de sus naves que pudieron escapar del desastre, fué el testi-

monio del glorioso triunfo de las armas españolas dirigidas por el invicto don Juan de Austria, secundado maravillosamente por los insignes generales marqués de Santa Cruz, don Juan Andrea Doria, Marco Antonio Colonna, Juan de Cardona, Luis de Requesens y otros valerosos capitanes. Ruda y encarnizada fué la lucha para alcanzar la victoria de este memorable combate que costó a la armada cristiana algunas naves y siete mil seis cientos muertos, cuyas pérdidas, aunque sensibles, son de más estima por aquello de: «Lo que más cuesta debe de estimarse en más». En cambio la derrota que sufrieron los turcos, la pagaron con treinta mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Tal fué, en resumen, la gloriosísima jornada que hoy conmemora nuestro ejército, en la que tomaron parte valentísimos soldados tan diestros en las armas como en las letras. Uno de estos fué un mozo español de veinticuatro años de edad, natural de Alcalá de Henares, hijo de padres hidalgos, aunque pobres. Este mozo, de corazón noble y entero, y de discurso y elevación de entendimiento superior a todos los de su siglo y sin igual hasta el presente, se encontraba enfermo de calentura en un camarote de la galera *Marquesa*, perteneciente a la escuadra que mandaba don Juan Andrea Doria, dominado de su ardor patriótico y guerrero, comprendiendo que se iba a trabar combate, se levantó de la cama para rogar a su capitán, don Francisco de Sancto Pietro, le colocara en el sitio de más peligro; pero éste y sus camaradas le aconsejaron que se estuviese quieto en cama. A lo que contestó el anónimo valiente español: «Señores, ¿qué se diría de Miguel de Cervantes Saavedra? En todas las ocasiones que hasta hoy día se han ofrecido de guerra a su Majestad, he servido como un buen soldado; y así ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calentura.» Esta inquebrantable y firme resolución del que más tarde alcanzó el famoso sobrenombre de príncipe de los ingenios españoles, sirvió para que fuese destinado a mandar doce soldados en un esquife, en el cual combatiendo gallardamente en lo más recio de la pelea, recibió dos arcabuzazos en el pecho y uno en la mano izquierda, que le quedó estropeada *para gloria de la diestra*. Y a los que le querían apartar de allí, mostrándoles las heridas, contestó ardiendo en brío: «El soldado más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga». Dichas estas palabras, que después escribió en el prólogo de la segunda parte de su inmortal *Quijote*, que con ligeras variantes volvió a repetir en



el capítulo 24 de la misma obra y en el primero del libro IV de *Persiles y Sigismunda*, sin preocuparse que le curasen, continuó combatiendo hasta terminar la batalla.

¡Notable coincidencia! El que andando el tiempo había de llevar con su inimitable *Don Quijote*, mina inagotable de estudio y pasatiempo, el glorioso nombre de España a los más apartados rincones del mundo, y dar al traste con todos los Amadis, Palmarines, Belianises y demás libros de caballería, el día 7 de octubre, que era su cumpleaños, lo celebró enfermo y luchando en la más alta ocasión que vieron los siglos, sacando de la misma el más preciado galardón que puede ostentar un soldado: sus heridas.

Llevado al hospital de Mesina para su curación, estuvo en aquel benéfico establecimiento hasta los últimos días de marzo de 1572 en que salió curado de las heridas, pero imposibilitado del brazo izquierdo, de cuya imposibilidad hace gala en el prólogo de *Persiles y Sigismunda* llamándose el Manco sano, y para escribir en el capítulo primero del *Viaje del Parnaso*:

«¡Oh Adán de los poetas! ¡Oh Cervantes!

... ..

Que al fin has respondido a ser soldado  
Antiguo y valeroso, cual lo demuestra  
La mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la naval dura palestra  
Perdiste el movimiento de la mano  
Izquierda, para gloria de la diestra.

Y sé que aquel instinto sobrehumano  
Que de raro inventor tu pecho encierra,  
No te le ha dado el padre Apolo en vano»

Que el gran ingenio alcalareño estaba orgulloso de haber concurrido y peleado en la memorable jornada de Lepanto, en la que quedó abatido para siempre el poder y orgullo otomano, y que las heridas que allí cobró eran para él estrellas que al cielo de la honra guían, lo demuestra en varios pasajes de sus inmortales producciones. En el prólogo de las *Novelas ejemplares*, donde pinta de mano maestra su retrato, dice: «Llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra; fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedo-

ras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice recordación».

Aquella sangrienta saeta que le dirige el encubierto Avellaneda en el prólogo de su falso y espurio *Quijote*, envuelta en aquellas palabras que dicen: «Y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una, y hablando tanto de todos, hemos de decir dél, que como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos, tiene más lengua que manos», dieron motivo a Cervantes para contestar en el prólogo del suyo, lo siguiente: «Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, al menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás, al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza».

Sólo quien estaba dotado de un corazón noble y altruista, pudo escribir lo antecedente y añadir en el capítulo 24 de la segunda parte de su maravillosa y sin par novela: «No hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios primeramente, y luego a su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos, más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas a los de las letras, con un si sé qué, de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja a todos. Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en los trabajos: y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es morir. Preguntáronle a Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte: respondió que la impensada, la de repente y no prevista; y aunque respondió como gentil y ajeno al conoci-

miento del verdadero Dios, con todo eso, dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano; que puesto caso que os maten en la primera facción y refriega, o ya de un tiro de artillería, o volado de una mina, ¿qué importa?, todo es morir, y acabóse la obra; y según Terencio, más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida; y tanto alcanza de fama el buen soldado cuanto tiene obediencia a sus capitanes y a los que mandar le pueden. Y advertid, hijo, que al soldado, mejor le está el oler a pólvora que a algalia».

A nadie ha de maravillar que quien militó bajo las banderas de Marco Antonio Colonna cuando fué a la isla de Chipre a socorrer a la desgraciada Nicosia y asistió en varios combates antes de escalar con su inimitable pluma las más altas cumbres de la gloria, ni haber alcanzado aún que al rico y vigoroso idioma castellano se llamase por antonomasia la lengua de Cervantes, se le vea en los pasajes transcritos, a fuer de valeroso y buen soldado, rendir la palma y dar la bandera a las honrosas armas.

Pero donde el *manco sano*, el *famoso todo*, el *escritor alegre* y el *regocijo de las Musas* (que todos estos adjetivos se aplica en el prólogo de *Persiles y Sigismunda*) pone de manifiesto los peligros que encierra el penoso ejercicio de las armas, y la supremacía que éstas tienen sobre las letras, es en los capítulos XXXVII y XXXVIII de la primera parte de su excelsa y sin par novela. Por sólo el hermoso discurso de las armas y las letras que puso en boca de Don Quijote en estos capítulos, que es una de las más preciadas joyas que tiene la prosa castellana, merece Cervantes ocupar un lugar preeminente en las armas es-

pañolas. Y si tan bello discurso no es bastante para alcanzar esta gloria el que militó como soldado en los famosos tercios de Italia y expuso su vida en las sangrientas jornadas de Lepanto, Navarino, Túnez, La Goleta y en el combate naval de San Miguel, en cuyos gloriosos hechos alcanzó como premio tres gravísimas heridas y estar más de cinco años cautivo en Argel, otórgasele, al menos, por haber alcanzado como escritor se le llame el Príncipe de los ingenios españoles y monarca de la lengua castellana, porque no en balde escribió al principio del capítulo IV del *Viaje del Parnaso* para que se le recordase en los venideros siglos, estos versos:

«Yo corté con mi ingenio aquel vestido  
Con que al mundo la hermosa *Galatea*  
Salió para librarse del olvido.

Soy por quien *La Confusa* nada fea  
Pareció en los teatros admirable,  
Si esto a su fama es justo se le crea.

Yo, con estilo en parte razonable,  
He compuesto *Comedias*, que en su tiempo  
Tuvieron de lo grave y de lo afable.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo  
Al pecho melancólico y mohino  
En cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis novelas un camino  
Por do la lengua castellana puede  
Mostrar con propiedad un desatino».

JUAN SUÑE BENAGES

(Trabajo leído en la velada literaria celebrada por los «Admiradores de Cervantes» en la «Casa de los Castellanos», la noche del 7 de octubre, en conmemoración del natalicio de Cervantes).

# LIBRERÍA DUBÁ

## LIBROS DE TEXTO

Compra y venta  
de toda clase  
de libros na-  
cionales y  
extranjeros

Aribau, 17 - Tel. 31.659  
BARCELONA

Extenso surtido  
en Literatura,  
Arte, Medicina,  
Derecho,  
Música, etc.



# Epístola a Lupericio

*A Don Juan de Garganta*

Si fuese cierto que la mente humana  
siempre está concitada por la Duda,  
y que sólo venimos a la Tierra  
para estar a merced de los designios  
de esquelética Parca, que inclemente  
nos siega por los campos de la vida  
y nos arroja al fondo de la fosa  
a barbecho, sin premio ni castigo,  
como a una musaraña deleznable,  
¡de vivir, oh, Lupericio, renegara!

No es cierto, no; jamás serlo podría,  
¿Pecado Capital, quedas impune?  
¿la Virtud Teologal sin su trofeo?  
¿en dónde, pues, la ecuánime Justicia?  
Es el alma inmortal la que recibe  
ya el alto galardón, ya el duro cargo;  
hay el Bien y hay el Mal: ella que elija;  
entre ambos se decide la victoria.  
Llor al uno, para el otro, oprobio;  
sean las palmas para el varón justo,  
para el malvado sean las cadenas.

Admiremos ¡oh, amigo! al peregrino  
que empuña su bordón, provisto el saco  
de mendrugos de pan, cabe la fuente  
que le brinda su linfa cristalina,  
y se entrega al descanso, y reflexiona,  
la idea fija en la lejana meta  
donde piensa rendir férvido voto.  
Y la meta es un templo a Dios alzado  
allá en tierra romana; y él, constante,  
una nación tras otra recorriendo,  
sigue con fe la ruta, y al fin llega  
ante el ansiado Altar do se arrodilla;  
y llanto y oración suben al Cielo.  
¿Y no tendrá el airón que ha merecido?

Admiremos ¡oh, amigo! la «Perfecta  
casada», de Fray Luis; la dulce esposa,  
la reina de su hogar, la que en sus hijos  
y en su esposo leal cifra sus dichas,  
y siempre atenta al quehacer casero  
—moral y religión nunca olvidando—  
allí tiene su único horizonte.

Pensemos luego en la mujer adúltera;  
pensemos en la impúdica ramera.

Cuando las llame Dios, ¿qué les aguarda?  
¿Igual el galardón, igual el lauro?

Admiremos ¡oh, amigo! al Misionero  
que se expatría a inexploradas tierras  
do el signo de la Cruz no es conocido.  
y arriesga, sin temor a la barbarie,  
su vida en holocausto al fin acorde  
a su alto apostolado, en que persigue  
la salvación de almas sometidas  
al culto de falaces religiones.  
¿Y qué gracia le espera si sucumbe?

¿Será la misma que se dé al ateo,  
al vanidoso que con Dios se encara  
y el porvenir no teme, pues tampoco  
temió el tiempo anterior al de su vida:  
y pretende abordar lo inabordable,  
y aspira a conmover lo incommovible,  
—miseria hormiga humana a Dios negando—  
sin pensar en el poeta que le dijo:  
«Ves la miel rebosar en los panales  
y niegas a la abeja?» ¡Qué ignominia!

La humana inteligencia tiene un límite,  
y es vana pretensión el franquearlo;  
y ella, como el mar, chocará siempre  
en duros peñascales de una costa  
que barra su furor; es firme valla  
al humano intelecto cuando quiere  
invadir lo profundo, a él vedado,  
del misterioso «más allá», insondable.

Si el Sinaí algún día nos hablara,  
con bronca voz de trueno nos diría:  
«Oh, tú, del Mundo rey por tu cerebro,  
»dueño de la Palabra y de la Imprenta!  
»A tu antiguo aborigen retrocede,  
»hirsuto morador de obscuro antro,  
»y hoy puedes comparar tu magna obra.  
»Guerrea, da tu sangre por la Patria  
»donde viste la luz, pero no olvides  
»la inmortal Patria que al morir te acoge.  
»¡Progresas, hiende el aire, el mar es tuyo  
»en su lomo y en sus profundos senos;  
»levanta por do quiera maravillas;  
»ufánate en tu Ciencia y en tu Arte;  
»tiende de Polo a Polo los alambres;

»hazte escuchar de tu lejano antípoda;  
 »escruta de los astros el camino;  
 »no dejes de tu mano el escalpelo;  
 »no apartes de tu vista el microscopio;  
 »ahóndate, atrevido, en los arcanos  
 »en las duras entrañas de la Tierra;  
 »busca el oro y la piedra preciosa;  
 »filosofa, calcula; mas recuerda  
 »aquel romano circo donde el mártir  
 »a la fiera se entrega y da su vida,  
 »en lo alto el corazón y firme el pecho,  
 »sólo pensando en la dorada palma.  
 »Piensa que tu misión ahí no termina;  
 »piensa en el alma que tu arcilla encierra  
 »y rauda partirá cuando el instante  
 »le señale la clépsidra del Tiempo!»

¡Y la hora llegará, Lupericio amigo!  
 inerte dejaremos la materia;  
 y la rauda carrera del espíritu  
 por su senda de azur, finirá sólo  
 donde debe finir, do nos atienden  
 para juzgar lo que en el Mundo hicimos.

¡Y, como tú, tranquilo la hora aguardo;  
 que suene pronto, como tú, apetezco,  
 y siento como tú el tiempo que tardo,  
 y, como tú, mi vida a Dios ofrezco!

ERNESTO JAUMEANDREU OPISSO

Poesía recitada por su autor en la velada li-  
 teraria celebrada por los «Admiradores de Cer-  
 vantes» en la «Casa de los Castellanos», la noche  
 del 7 de octubre, en conmemoración del natalicio  
 de Cervantes.





# Cervantes, filósofo y poeta

Señoras, señores: Un tema árido en apariencia, la personalidad de Cervantes en el doble concepto inseparable de poeta-filósofo, solicita hoy vuestra benévola atención. Como parte integrante de la psicología del gran ingenio complutense, esbozada sin método alguno en ensayos dispersos que algún día culminarán en un todo armónico, este estudio fragmentario quiere ser expresión de cálido homenaje al insigne manco de Lepanto, y modesta contribución al descubrimiento de los inapreciables tesoros espirituales contenidos en su obra, que no escaparon, ciertamente, a la observación de los sabios investigadores de antaño, cuando trataban de conocer la trascendencia de tan extraordinaria concepción.

Nos inspira y nos guía la propia admiración que sentimos por el gran escritor, y si algún mérito tuviere tal intento, fuerza será atribuirlo a nuestro entusiasmo por llegar al conocimiento completo de la naturaleza esencial del poeta.

Cuando, como en este caso, se trata de comentar la obra de un genio, es ineludible referirse al más alto valor que lo caracteriza. Tomando, pues, como punto de apoyo para nuestra disertación el Quijote, punto luminoso que nos hará mantener la atención constante en el fin propuesto, vamos a prescindir de toda interpretación gramatical y retórica y de asignarle un lugar entre las variedades de la poesía; pasaremos sobre la forma literaria y sobre el género, en cuanto obliga a considerar una producción como historia, novela, tragedia o comedia, porque, en principio, todas las formas de la literatura son variantes de una sola forma de arte, y también porque el Quijote y Cervantes, en espíritu, son una misma cosa y únicos, sin modelo, en la historia de las letras; ni el uno es más ni el otro es menos. ¿Cómo, pues, clasificarlos dentro de algún sistema literario? La mágica combinación de la palabra, el elemento material con que levantó el grandioso monumento, se esfuma ante el brillo de las ideas; salvando, pues, lo accidental, queremos tener la visión de un panorama cervantino en el que se reflejen todos los colores del iris. Nosotros buscamos la belleza absoluta en el arte, que es, ante todo, expresión del pensamiento.

Pero el arte es el genio: para su conocimiento no bastan ya a nuestra refinada sensibilidad las

fórmulas de la Estética, inadaptables casi siempre a la obra juzgada. No se diga que tal cualidad es ideal, verdadera, buena, elegante o infinita, porque bajo esos conceptos suele escapar la realidad. No concebimos el arte sin la poesía, ni ésta sin la totalidad de los elementos de la Estética: ni la Pintura, ni la Escultura, ni la Música pueden dar vida al sentimiento en la forma que lo realiza el poeta; su misión, como dijo el duque de Rivas, es «pensar alto, sentir hondo y hablar claro».

Bajo este concepto, Cervantes, lejos de sujetarse a las leyes de la Estética, es un moldeador de ella. No de otra manera podría juzgarse a un genio cuando logra convertir en arte la vida de un pueblo. Y esto se comprende porque él no busca el arte del efecto, sino que nos da el efecto del arte por su facultad perceptiva de la belleza. Podríamos decir que tiene alma de artista, sin quedar con eso satisfechos; y, más bien, diríamos que es artista del alma. La expansión del Quijote en el mundo nos dió la medida de su trascendencia. La Humanidad supo compenetrarse con el espíritu creador de Cervantes. De él podemos decir ahora, al llegar a este punto: he aquí el gran poeta-filósofo.

La historia de los pueblos, desde la más remota Antigüedad, ha sido escrita por los poetas: las gestas heroicas, el culto a la divinidad, la justicia, la filosofía, el arte, la cultura toda, están plasmados en los grandes poemas nacionales, sin distinción de formas, porque la poesía es la más libre expresión del pensamiento. El Romancero, hecho por el pueblo mismo, no es sino un pedazo de la historia nacional. Los cantos populares, las leyendas, las narraciones, son historia, pero son también arte y poesía, porque sin el rudo choque de las pasiones humanas, la historia sería un concepto abstracto; y por esta razón, el pueblo que carece de un poeta cantor de sus anhelos, que no puede expresar porque no sabe, es un pueblo sin alma; al menos, así aparecerá en el fallo definitivo de la posteridad.

Las gloriosas tradiciones, el carácter, el sentimiento, la esencia de nuestra idiosincrasia, el ideal del pueblo español, en fin, es lo que Cervantes nos da en el Quijote, fundiendo su espíritu con el espíritu de la época; su personalidad como poeta-

# Llibreria ROYO

LLIBRES ANTICS I MODERNS

ES COMPREN  
GRANS I PETITES  
BIBLIOTEQUES, PAGANT AL  
COMPTAT EL PREU  
MÀXIM

Rambla Santa Mònica, 14  
Telèfon 23.862 - BARCELONA

filósofo está amasada por el anónimo suspiro nacional, mezcla de sufrimientos y alegrías. El tiempo habrá podido cambiar la fisonomía de las cosas; pero la obra del artista sigue en pie, inmovible: ¿por qué? porque en el fondo de la epopeya alienta el espíritu de la Humanidad, imposible de limitar a un tiempo ni a un lugar determinados; la naturaleza pasional del hombre, en efecto, no es de hoy ni será de mañana, sino eterna.

La sublime trilogía que componen los gigantes del intelecto universal, Homero, Shakespeare y Cervantes, actuando sobre distintos ideales, los dioses, los príncipes, el pueblo, manteniendo la admiración constante, nos dice que la poesía es única e infinita en el tiempo, como la inmortalidad que proporciona a sus artífices geniales.

Muy pocos son los elegidos por la Naturaleza para cumplir tan alta misión; muchos son los que, aun siendo valores indiscutibles del momento en que actuaron, no supieron compenetrarse con la esencia de nuestro ser y cayeron sin pena ni gloria en el olvido. Por eso, no es el mejor poeta el que escribe con más corrección un verso o una frase; la originalidad y la inspiración, lo que con-

mueve, agita y emociona, el alma del poeta, en fin, no tienen cabida en tan estrechos límites.

Admitimos que toda sabiduría tiene sus raíces en la experiencia del pueblo; mas ella no alcanzaría trascendencia alguna si los grandes poetas no la revelaran, haciendo vibrar el pensamiento popular; en este concepto, Cervantes es la personificación de la raza: ¿cómo, sin conocer a fondo la psicología de la gente, sin fundirse con ella, pudiera darnos esas lecciones de filosofía moral, de filosofía del bien, que deducía espontáneamente después de pasar sus observaciones por el tamiz de su conciencia, señalando la ruta del deber? La verdad, en Cervantes, ha encontrado ancho campo de exhibición.

Pero los puntos de referencia que puede haber entre el poeta y su tiempo no son bastante al conocimiento completo de la obra: hay que considerar la idea original; idea o pensamiento que ha de materializar en objetos reales, porque sin una imagen que sea expresión del pensamiento, el arte jamás podrá manifestarse. Si Cervantes hace alternar lo cómico con lo trascendental, invirtiendo los términos a veces, en realidad no expone más que la representación de la ideología del pueblo.

**L'ARXIU**  
COMPRA I VENDA  
DE LLIBRES VELLs

LLIBRERIA de  
Joan B. Batlle  
Via Diagonal, 442  
BARCELONA

## BIBLIOGRAFIA CRÍTICA de ediciones del QUIJOTE

impresos desde 1605 hasta 1917,  
recopiladas y descritas por  
JUAN SUÑÉ BENAGES y  
JUAN SUÑÉ FONBUENA

Obra, según dice D. Emilio Cotarelo y Mori en sus *Ultimos Estudios Cervantinos*, «la más completa y exacta de las publicadas, y libro indispensable de todo cervantista».

Un volumen en cuarto mayor, de XXXI 485  
páginas, ilustrado con profusión de facsimi-  
les de portadas de ediciones del QUIJOTE.

15 pesetas

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA



¿Quién negará que Don Quijote y Sancho no son ya dos personajes, sino ideas materializadas? Lo más rústico se poetiza ante nosotros en virtud de la maravillosa fantasía de Cervantes. El es un atento observador de la vida del pueblo; con una sensible intuición, descubre los más recónditos misterios del espíritu, los aprisiona, y cuando han germinado en su pensamiento como frutos de verdad, los lanza al mundo en concepciones de novedad perpetua, viniendo a ser el gran intérprete del hondo sentimiento, de la alegría franca, encajado en el marco del carácter español, pero compenetrado también con la conciencia universal, que supo apreciar y discernir como inmutable en su siglo y en la eternidad. La idea genial, la chispa que había de iluminar su pensamiento en el desarrollo portentoso, fué la creación del tipo universal de Don Quijote. Rompiendo con todos los prejuicios históricos, en el lenguaje que el oscurantismo del siglo le permitía, él entrevió la libertad futura. Comprenderemos ahora la gran originalidad de Cervantes: haber sido superior a su tiempo, adelantándose a él.

De estos conceptos generales deducimos que si el filósofo ha de recoger la labor del poeta, seleccionándola para darnos la medida de lo verdadero en cuanto es posible, Cervantes es a un tiempo filósofo y poeta sin proponérselo, ya que a través de su alta poesía, valiéndose de la intuición estética, presenta un plan completo de filosofía: la representación de la Humanidad, en símbolo, si se quiere, pero que no ha dejado de reconocerse a sí misma, desde el primer momento, en las páginas inmortales del Quijote. Su lectura nos atrae por no contener un solo juicio capaz de ser rechazado por nuestra conciencia; en el acto los asimilamos todos con el ansia vehemente de la revelación de nuestro destino, que el alma sólo comprende como amor y justicia, verdad y belleza eternos. En nosotros no cabe todavía la idea de la grandeza de lo infinito, y hemos de contentarnos con la aspiración remota... Esperanza, poesía, vida.

De propósito, hemos omitido nuestro juicio sobre Cervantes versificador, considerando que en el aspecto de la poesía sujeta a medida y cadencia ofrece un contraste singular. Desde luego, demuestra el dominio de la métrica, y podemos deleitarnos en composiciones inspiradísimas, sobre todo, en «La Galatea»; pero le faltó el acierto supremo, ese pequeño acierto que a tantos otros poetas abrió las puertas de la fama; y no hemos de lamentarlo, porque acaso esa otra cualidad del artista hubiese impedido la salida del Ingenioso

Hidalgo. Mas la prosa de Cervantes ¿no es toda poesía? Así, libremente, sin obstáculos, nadie fuera capaz de superarle. El no poetiza con reglas fijas, sino con el alma; y canta, llora, ríe espontáneamente, según van desfilando ante su pluma —luz inextinguible— los tipos de un presente vivido y los de un porvenir entrevisto en sus ensueños de poeta. ¡Ah, si él pudiese transformar las cosas, haciéndolas más bellas de lo que son!

Muchas veces hemos releído los capítulos del Quijote, atentos siempre a la comprensión de las imágenes; y ningún pasaje nos ha detenido tanto ni nos ha interesado más, bajo este concepto, que aquel del capítulo XXI de la Primera parte, en el que Don Quijote deja volar su loca fantasía. Ese fragmento admirable, bordado, que no escrito, es un delicioso cuadro ideal, retrato fiel de nuestros sueños reales, en el que hay que rendirse a la sabiduría del artista y del poeta-filósofo. Leedlo otra vez, yo os lo ruego.

Pero ¿qué es lo que constituye esa poesía delicada y sutil que exhala el Quijote? Repitamos nuestra respuesta de otro tiempo: Es un algo insondable; un goce misterioso que sólo comprende el alma y recibe como alimento espiritual; ilusión de realidad en la abstracción del instante; la realidad misma, porque sin ella no habría poesía.

La labor del poeta queda, pues, bien destacada en dos direcciones paralelas que conducen al mismo fin: una, esa poesía imponderable que acabamos de exponer; otra, la que crea Cervantes como cantor de su época y que tiene a Sancho como primer representante, incapaz de pensar sino con ayuda de algún refrán o sentencia; en efecto, cuando parece molestar a Don Quijote la cantidad inoportuna de ellos, Sancho no vacila en decir: «¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes?»

No hagamos por esto el agravio de suponer que Cervantes no expuso más que lo que vió y escuchó; también estudió, y su sabiduría brota a torrentes por boca del hidalgo manchego, en sublime contraste: «Paréceme, Sancho—dice Don Quijote—que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas.» Gran verdad: la filosofía de Cervantes, no reflexiva, es la interpretación de los hechos de la vida; el conocimiento profundo de las pasiones le lleva a un conocimiento superior de la Naturaleza. El consiguió por medio de la observación la más grande visión de la Humanidad, saliéndose del campo de la literatura, como pensador, para for-



mar al lado de los grandes filósofos. Su claro discernimiento no se apoya en la Metafísica para tratar de probar alguna verdad; y no podía hacerlo cuando a la hora presente ningún filósofo—sensible es reconocerlo—logró probarnos la más sencilla teoría. Cervantes no pertenece a ninguna escuela filosófica por la razón de que no se propuso filosofar conscientemente; sin embargo, vamos a ver cómo en el Quijote está contenida la más profunda filosofía.

El hermetismo del Quijote existirá siempre, para los que son incapaces de comprender la poesía de la realidad; es esto precisamente lo que persigue: la vuelta a la realidad de los que siguen el camino opuesto. ¿Cómo? sembrando de idealidad la vida, haciéndose el gran intérprete de los anhelos del espíritu. Su fin es llevar el optimismo al corazón de la multitud.

Vemos, pues, que la filosofía se manifiesta en dos formas distintas: una, premeditada, que se sirve, generalmente, de una lógica que la razón no alcanza a comprender, y que conocemos como filosofía científica; otra, intuitiva, latente en toda conciencia, que trata de acercarse a la verdad sin necesidad de demostración: es la filosofía popular, cuyos materiales, cual piedras preciosas en bruto, se encargan de labrar los genios. La verdad reside en el espíritu, y sólo en él debemos buscarla; sólo allí la buscó Cervantes.

Esta es la filosofía contenida en el Quijote, sacada de la entraña misma de la Humanidad, y que no vacilamos en calificar, si ha de calificarse de alguna manera, de filosofía de la realidad ideal. ¿Cómo—se dirá—, acaso pueden armonizarse estos conceptos, siendo el Quijote una obra asombrosamente realista? Quisiéramos que este hecho fuera comprendido en toda su grandeza: Si cada uno apreciara del mismo modo lo que llamamos realidad de las cosas, el realismo carecería de idealidad. El gran mérito de Cervantes consistió en idealizar el realismo crudo; es decir, que cuando no encuentra modo de hacer bella la realidad, recurre a su fantasía para crear la forma perfecta que imagina. Por esto resulta ser también un espiritualista.

La fantasía es, en los genios, visión absoluta

de las cosas, fuerza reveladora de imágenes que viven sólo en ellos; imágenes incorpóreas que únicamente adquieren forma de realidad en el espíritu cuando podemos ver una mínima parte como las ve el poeta. Toda la tragedia humana se representa en ellas: y ora es el puro sentimiento, ora el engaño, el fraude, la falsía, la virtud, la ignorancia, el dolor y la muerte. Como educador del espíritu, Cervantes trata de dar una visión superior a la que él mismo ha visto.

Mas no es la exaltación de la quimera lo que persigue; los sueños de Don Quijote son los sueños de la Humanidad, anhelante de una sociedad más perfecta.

¿Se ve claro ahora por qué Don Quijote es un monomaniaco cuando permanece aferrado a su idea de justicia, a una idea que no puede ser realizada en un ambiente que no es el suyo, y, en cambio, es más cuerdo y más sabio que nadie cuando se olvida de ella?

Bellas damas, decidme: ¿quién sería capaz de poner en duda vuestra belleza ante los ojos del amado? Todas sois Dulcineas; todos somos Quijotes.

Por eso, no hay contradicción al decir que el Quijote es el libro más realista y, a la vez, el más idealista. El actúa como alimento del espíritu y trata de abrir nuevos horizontes al pensamiento, como fin de darnos la visión extensa que ha de acercarnos al conocimiento de la verdad universal.

Hasta aquí nuestro cometido, porque acaso la ocasión no fuera propicia a más amplio desarrollo del tema.

Y terminamos con la satisfacción de haber contribuido a honrar la memoria del soldado valeroso, del pensador insigne, del genio de la raza admiración del mundo y orgullo de la patria, por cuya unidad espiritual, no conseguida todavía, fuera capaz de hacer nueva campaña.

ANTONIO MALDONADO RUIZ

(Trabajo leído en la velada literaria celebrada por los «Admiradores de Cervantes» en la «Casa de los Castellanos», la noche del 7 de octubre, en conmemoración del natalicio de Cervantes)





# La Historia

A Don Antonio Fernández Palacio

¿Qué será que la Historia me fascina  
y ardo siempre en afán de investigarla?  
¿Por qué su imán constante me domina  
y no descanso nunca en ahondarla?

Quisiera penetrar en el misterio  
que el «porqué» de los hechos guarda oculto,  
prodigarle las notas del salterio,  
mi homenaje rendirle y firme culto.

¡Oh, muda Esfinge! Sola en el desierto,  
soberana de pétrea mirada,  
¿qué ven los ojos de tu rostro yerto,  
hiératica, solemne, reposada?

¿Qué ven? ¿A dónde miran? ¿Qué reparan  
clavada la pupila en lo infinito?  
¿Los siglos que a su paso no se paran?  
¿De los imperios el poder proscrito?

Macedonia y Egipto y el romano  
cesáreo poder, ¿a dónde fueron?  
Del Corso altivo, del teutón germano  
las glorias alcanzadas, ¿qué se hicieron?

¡Todo cayó! ¿Qué fuerza lo derrumba?  
La peña, el monolito, el bronce duro,  
arcilla sólida son ante la tumba.  
¿Do está lo consistente, lo seguro?

Así la flor ostenta sus colores,  
pero el Tiempo marchita su riqueza  
y deja de esparcir suaves olores  
al perder con su aroma su belleza.

Tal los imperios, en ufana vida,  
envejecen y caen desplomados  
en sus decrepitudes, a medida  
que se cumplen los sins y los hados.

¡Oh, triste Humanidad! Tú siempre en guerra.  
Dejan los cetos y la espada empuñan  
reyes y emperadores en la tierra,  
y locos de ambiciones se enfurruñan.

¡La guerra! La comprendo en Causa Santa;  
comprendo las cruzadas gloriosas

cuando el signo de Cristo lo levanta  
Godofredo en jornadas victoriosas.

Comprendo en Covadonga al gran Pelayo;  
que ocho siglos transcurran guerreando  
contra el Infiel, sin tregua ni desmayo,  
y lo arroje Isabel y su Fernando.

Comprendo que se bata a gente ignara  
porque siempre el Progreso se resiste;  
que luche y se defienda insigne el Ara,  
de falsas religiones al embiste;

que las razas entre ellas se peleen,  
blancos o negros, rojos o amarillos,  
que su sangre derramen y la empleen  
en honra y preza de férvidos caudillos.

Mas, denigro las luchas fraticidas  
bajo el cielo de un mismo continente,  
y el sacrificio innúmero de vidas,  
implacable, terrible e inclemente.

¡Odio la Fuerza! ¿No está aquí el Derecho?  
Sirva para algo la Justicia humana.  
el goce de la Paz, dulce, octaviana.  
Defendamos con fuerte y firme pecho

¡Oh, Historia! Cuál tus páginas gotean  
la sangre sin cesar. ¡Siempre la lucha!  
Grandes naciones entre sí pelean  
y el estampido del cañón se escucha.

De Jena y Austerlitz, ¿a qué la gloria?  
¡Cuán liviana y cuán poco duradera  
se trueca en polvo, en barro, en vil escoria  
de Waterlloo en la página postrera!

No cesa de las madres triste llanto;  
reinan desolación y «fieros males»;  
todo es horror, consternación y espanto  
en el amado hogar de los mortales.

¿Y siempre será así? ¿No habrá un remanso  
en el río que todo lo avasalla?  
¡Oh, mísero mortal! ¿No habrá descanso?  
¿No cesará el clamor de la batalla?

¡Ha de cesar! Transcurrirán los siglos  
y sólo imperará la Inteligencia;  
quedarán de la guerra los vestigios  
borrados de la paz en la presencia.

¡La Paz! La Paz fecunda, bienhechora,  
la armonía, el amor, el altruismo;  
no la Guerra terrible y destructora.  
¡Quede hundida por siempre en el abismo!

Himno de paz resuena en las alturas:  
se levantó Una Voz en Galilea;  
aun perduran sus doctrinas puras,  
mares y tierra su enseñanza orea.

Que surja de los moldes la campana  
llamando a la oración, dulce y sonora;  
no el cañón destructor que el campo allana  
cumpliendo su misión asoladora.

¡Oh, bella Clío, de la Historia musa!  
Que cesen ya tus cánticos guerreros;  
caramillo, dulzaina y cornamusa  
entonen de la paz aires copleros.

¡Que emane de tus páginas la gloria  
de los campos feraces, cultivados;  
de las armas no quede ni memoria...  
que sirva el hierro para los arados!

ERNESTO JAUMEANDREU OPISSO

(Poesía recitada por su autor en la velada literaria celebrada por los «Admiradores de Cervantes», en la «Casa de los Castellanos», la noche del 7 de octubre, en conmemoración del natalicio de Cervantes).



## ANTIGUA LIBRERIA DE CERVANTES

*de RAMÓN MALLAFRÉ*

COMPRA Y VENTA  
DE TODA CLASE DE  
LIBROS ANTIGUOS  
Y MODERNOS

LIBROS DE TEXTO

CALLE TALLERS, N.º 82  
(junto a la Plaza de la Universidad)

**BARCELONA**

OBRAS DE LITERATURA,  
ARTE, CIENCIAS,  
DERECHO, MEDICINA,  
MUSICA, REVISTAS,  
GRABADOS, ETC.





# JOSÉ PORTÉ

## LIBRERO

MONTESIÓN, 3 BIS, PRINCIPAL

Apartado de Correos 574  
Teléfono 16.792

BARCELONA

Direc. telegráfica y cablegráfica:  
PORTELIBER

*Libros raros, Antiguos y Modernos,  
españoles y extranjeros*

INCUNABLES • MANUSCRITOS, ESPECIALMENTE EN LENGUAS  
ROMÁNICAS Y CON MINIATURAS • OBRAS AGOTADAS  
IMPRESIONES ARTÍSTICAS Y LIMITADAS  
MODERNAS • ENCUADERNACIONES AR-  
TÍSTICAS E HISTÓRICAS • DIBUJOS  
AUTÓGRAFOS • GRABADOS  
CERVANTINA

*Libros cervantinos que vendemos a los precios marcados*

	Ptas.		Fin.
Pérez Pastor (Cristóbal). Documentos Cervantinos hasta ahora inéditos. Madrid, 1897-1902. In-4. 2 tomos . . . . .	40	cha. Barcelona, Tomás Gorcha, 1853. Gran in-fol. Láminas y grabados. Encuadernado . . . . .	80
Calderón (Juan). Cervantes vindicado en ciento quince pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, que no han entendido, o que han entendido mal, algunos de sus comentadores o críticos. Madrid, 1854. In-8. Encuadernado en el mismo tomo hay dos obritas más, no referentes a Cervantes. . . . .	20	Cervantes Saavedra (Miguel de). El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Edimburgo, T. Y. A. Constable. Londres, David Nutt, editor, 1898-99. In-4 mayor. 2 tomos encuadernados. . . . .	80
Givanel i Mas (Joan). Catàleg de la Col·lecció Cervàntica, formada per D. Jaume Bonsoms i Sicart i cedida per ell a la Biblioteca de Catalunya. Barcelona, 1916. In-4 mayor. 3 tomos encuadernados. . . . .	90	Cervantes Saavedra (Miguel). El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Edición adornada con 800 láminas repartidas por el contexto. Barcelona, Antonio Bergnes y Compañía, 1839-40. In-4 mayor. 2 tomos. Grabados y láminas. Encuadernados . . . . .	40
Otro ejemplar en papel de hilo . . . . .	150	Cervantes Saavedra (Miguel de). Novelas ejemplares. Madrid, viuda de Alonso Martín, 1622. In-8. Pergamino. Le faltan 6 hojas preliminares . . . . .	75
Cervantes Saavedra (Miguel de). Colección de las láminas sueltas, que ilustran la edición de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, corregida por la Real Academia Española. Madrid, Joaquín Ibarra, 1780». Encuadernadas en un volumen. In-fol. en muy buen estado de conservación . . . . .	100	Cervantes Saavedra (Miguel). Viaje al Parnaso. Dirigido a D. Rodrigo de Tapia, Caballero del Hábito de Santiago. Publicanse ahora de nuevo una tragedia y una comedia inéditas del mismo Cervantes: aquella intitulada la Numancia; ésta El Trato de Argel. Madrid, Antonio de Sancha, 1784. In-8 mayor. Láminas. Encuadernado . . . . .	50





PRIMERA PARTE  
DE LA GALATEA,  
DIVIDIDA EN SEYS LIBROS.  
Cópuesta por Miguel de Ceruantes.  
Dirigida al Ilustrissi. señor Ascanio, Colona Abad de  
sancta Sofia.



CON PRIVILEGIO.  
Impressa en Alcala por Iuan Gracian.  
Año de 1585.  
Acosta de Blas de Robles mercader de libros.

Facsimile de la portada de la edición Príncipe de La Galatea





